morable acontecimiento, por haber proclamado solemne, pública y universalmente á María Santísima de Guadalupe, Reina y Soberana, te auguro una nueva era de paz, de gloria y de prosperidad. Son éstos los votos que eleva al cielo en estos momentos mi alma: éstas mis plegarias.

Y tú, venerable sacerdote, ahora que vas ofrecer al Eterno el divino y amado Hijo de María, acuérdate de la Nación Mexicana, del Episcopado, del pueblo entero y de los que dirigen sus destinos; no te olvides de la Congregación, de la que eres digno miembro, y de cuantos te pertenecemos por el alto oficio que entre nosotros ejertes. Haz especial memoria de las amadas Asociaciones de las Señoras de la Caridad y de las Hijas de María Inmaculada, para que prosperen y se acreciente en sus individuos el espíritu propio que las anima.

¡Oh Madre Soberana, Reina de Guadalupe! míranos postrados al pie de tus altares, para honrarte y ofrecerte los homenajes de Reina nuestra muy amada. A Tí hemos venido para ofrecerte los dones espirituales de nuestro corazón, el amor ardiente que abraza nuestro pecho, la pureza que hace grata á tus ojos nuestra alma, y la humildad que nos eleva hasta Dios. Reina siempre sobre todos y cada uno de nosotros; bendícenos y acógenos benigna, y llévanos, por fin, á la mansión de los escogidos, donde te entonemos una eterna alabanza Amen.

Sermon predicado en la Colegiata por el Sr. Magistral de Guadalajara, Dr. D. Luis Silva, el dia 4 de Octubre. (*)

* Rogate ad quæ pacem sunt Jerusalem: et abundantia diligentibus te: Fiat pax in virtute tua: et abundantia in turribus tuis. [Psalm. CXXI vv. VI et VII].
Pedid las cosas que son para la paz de Jerusalem y la abundancia para los que la aman, diciendo: Haya paz dentro de tus murallas y abundancia en el seno de tus hogares. [Salmo 121, versículos 6 y 7.]

Ilustrísimos Señores: (1)

Católicos:

ECCE solemnitas! ¡Hé aquí la gran solemnidad! Así, señores, con el corazón henchido de entusiasmo y el ama inundada de júbilo cantaba el cristiano pueblo de Efeso las glorias y triunfos de la Santísima Virgen María, cuando después que los innumerables Prelados reunidos en Concilio en aquella célebre ciudad, habían confundido á Nestorio, declarando á María Virgen y Madre, era aclamada por el pueblo que, gozoso, cantaba sus victorias: acontecimiento sólo comparable á aquel en que el pueblo de Dios, en solemne día, transladaba el Arca Santa, llevada en hombros de los hijos de Leví desde la casa de Obededom hasta la montaña de Sión. Numerosísimo pueblo, muchedumbres compactas, rebosando de alegría y entonando sublimes cantares, acompañaban el Arca Santa, diciendo: Cantad al Señor vuestros cantares, bendecid su nombre y anunciad su salud, á los pueblos contad sus maravillas y á las naciones su gloria, porque grande es el Señor y muy digno de toda alabanza. ¡Loor eterno y hermosura en su presencia, santidad y magnificencia en su Santuario! ¡Oh familia de las gentes, tributad al Señor gloria y honor en torno de su templo, ofrecedle santas víctimas y adoradlo en el recinto de sus atrios! ¡Llénense los pueblos y naciones de un temor profundo porque ha llegado el reinado del Señor! ¡Bendito el Señor Dios de Israel desde la eternidad y hasta la eternidad, y diga todo el pueblo Amén é himno al Señor! (2)

Vivamente impresionado ante el imponente y majestuoso espectáculo que se desarrolla á mi vista, no he podido menos que recordar aquellos acontecimientos, que sucedieron acaso como una predicción de la presente solemnidad. ¿No es, cristianos, la coronación de Santa María de Guadalupe el triunfo del amor guadalupano contra sus enemigos? Y al transladar el Arca Santa de las grandezas tradicionales é históricas de la Nación mexicana, á esta soberbia Basílica—que, cual nueva Sión, aparecerá de hoy en adelante como el lugar bendito en donde los hijos de México encontrarán siempre la realización de sus tendencias y la consagración de sus perpetuos ideales—¿no vienen espontáneamente á la memoria los júbilos y alegrías del pueblo querido del Señor en aquella memorable solemnidad? ¿No son los Prelados mexicanos los hijos de Leví, que de lejanas tierras vienen como mensajeros de sus hijos á traer á los pies de la Madre querida de este pueblo sus votos y plegarias, sus amargas quejas, sus suspiros y sus lágrimas?

¡Ah, sí! y al recordar con entusiasmo los sucesos más culminantes de nuestra historia, enlazados con la tradicional creencia en Santa María de Guadalupe, exclamamos con el sublime cantor del Cedrón: Vengan sobre México los bienes de la paz y toda clase de bendiciones, la misericordia del Señor dentro de sus murallas y la abundancia en el seno de sus hogares: *Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem et abundantia diligentibus te: Fiat pax in virtute tua et abundantia in turribus tuis* (3)

Sí, cantemos un cántico nuevo que se llamará el himno de la paz; ya no escucharemos los ayes de dolor exhalados ante ídolos horrendos; ya no iremos á enjugar las lágrimas del pobre indio, encadenado por feroz conquistador; ya no se escuchará en el campamento el horrísono estruendo de las armas, ni en el seno de las ciudades los gritos de venganza en guerra infausta ¡ay! de hermanos contra hermanos: el Angel de la Paz nos cubre con sus alas para protegernos, y ese ángel se llama Santa María de Guadalupe, nuestra Excelsa Madre.

Efectivamente, atravesamos el momento histórico de nuestra existencia social, en que, desapareciendo las divisiones, las distancias se acortan, y los hombres se aproximan mutuamente: es la fuerza de los hechos, es la inmolación de los individuales caprichos en aras de la paz y por el bien público, que es el ideal y la ambición suprema de los buenos. Y así como David excitaba á su pueblo para implorar de Dios en la solemnísima translación del Arca al monte Sión, los bienes incalculables de la paz, así yo, cristianos, al haber presenciado la consagración y dedicación de este santuario y la translación de nuestra querida Virgen Mexicana; al contemplarla sobre ese altar, trono de sus favores y asiento de sus gracias, coronada con el amor de sus hijos, no puedo menos que interpretar sus nobilísimos sentimientos y deciros á nombre de Ella: *Pedid para México la paz dentro de sus murallas y la abundancia en el seno de sus hogares.*

Por lo mismo, de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe vendrá la consolidación de la paz, basada en la fidelidad á sus cultos y en la catolicidad de las instituciones, que formarán nuestro sér social.

Antes de entrar de lleno en este pensamiento, que campeará en todo mi discurso y que será el objeto de vuestra atención en esta tarde, permitidme anunciaros que vengo á ser el intérprete de los sentimientos guadalupanos del noble pueblo de Chiapas. Ven-

---

* Hé aquí la licencia eclesiástica para imprimir el presente sermón, que por la misma razón que el anterior va en este lugar, y no en el que le correspondía por el orden cronológico:

"Secretaría del Arzobispado de México.—El Ilmo. Sr. Arzobispo en vista del dictamen del Censor, se ha servido conceder licencia para que se imprima y publique el sermón predicado por el Sr. Canónigo Silva en la Insigne Colegiata de Santa María de Guadalupe, con motivo de las fiestas de la Coronación.

"Protesto á vd. mi aprecio y consideración.

"Dios guarde á vd. muchos años. México, Junio 27 de 1896.

Melesio de Jesús Vázquez.
Secretario.

"Al Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.—Presente."

1 Los V. Prebados de la Colegiata, de Chiapas, de Cuernavaca y de Zacatecas.

2 Paralip. L. 1º, c. XVII.

3 Psalm 121. vv. 6 y 7.

go á hablar en nombre de aquellos cuyos antepasados dejaron grabadas en las ruinas del Palenque las huellas gloriosas de su genio; y cuyas cristiandades fueron enseñadas por aquel ángel del Cielo, en forma de Obispo, Fray Bartolomé de las Casas, quien interponiéndose entre el conquistador y el conquistado, imploraba del Dios clemente y compasivo perdón para el señor, piedad para el vencido.....

El acontecimiento que aquí nos congrega, la presencia de tan ilustres Prelados y el inmenso concurso que me circunda, llenan mi espíritu de grande temor. ¿No me será dable, por tanto, en esta solemne ocasión, levantar mis ojos á Tí, hermosísima Morena, que eres nuestra Limpia y Señora Madre? (1) Es la segunda vez que me cabe la dicha incomparable de dirigir á un pueblo que te ama la palabra del Ministro de Dios, ante maravilloso trasunto de tu celestial Imagen; llena, pues, de luz mi entendimiento, de fuego mi corazón, y que de mis labios broten, más suaves que el panal y más dulces que la miel, palabras dignas de tu gloria, de tu nombre y de tu maternal amor; y para inclinarte hacia nosotros, Madre mía, haciéndote amorosísima violencia, recuerda aquellas tiernas palabras cuanto inolvidables del mensajero celestial.

Ave María.

Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem, etc.
Pedid las cosas que son para la paz, etc.

Los sucesos del pasado, son, ¡oh cristianos! los sabios maestros de la posteridad; por tanto, así como la fidelidad á la Santísima Virgen fué por trescientos años y más la salvaguardia de nuestras instituciones, el escudo de nuestra defensa y el elemento fecundo y salvador de nuestra existencia social: así también en el porvenir, esa misma fidelidad traerá para nuestra patria días risueños y venturosos. Abramos las brillantes páginas de nuestra historia y veremos allá, en lejanos días, á la Inmaculada Virgen como la aurora espléndida que irradiara sobre un pueblo sentado aún en tinieblas y sombras de muerte: (2) los ídolos son derribados, los *teocallis* destruidos, y sobre el Tepeyacatl, en donde se escuchaban los ayes y gemidos de las víctimas ofrecidas á la *Tonantzin* mexicana, se refleja la luz del cielo, dejándose ver entre nubes de gloria y fragantes rosas, (3) la hermosísima doncella de Judá, para dirigir al pueblo mexicano por la senda de la paz. (4)

La fulgente aurora del Tepeyacatl fué el anuncio del espléndido sol de la Religión, que rápidamente se extendió hasta los confines de nuestro suelo, disipando por todas partes las densas tinieblas de la idolatría. Se asociaron los pueblos y formaron la nación; con el progreso moral y religioso vino el progreso material, posible en aquel entonces. En este movimiento expansivo, al que coadyuvó admirablemente, justo es confesarlo, la madre España, todos los mexicanos vincularon sus destinos, sus esperanzas y sus glorias con Santa María de Guadalupe: la fidelidad de aquellas gentes á sus cultos maternales, fué la palabra salvadora en los grandes sucesos de su historia. (5)

Existen, señores, en los pueblos lo mismo que en los individuos, fuerzas latentes, energías ocultas que, á su debido tiempo, se desarrollan al impulso de una virtud expansiva que les es inherente. Si tales fuerzas se ahogan en el corazón que las alienta y vivifica, estallan estrepitosamente, explicándose por medio de grandes catástrofes sociales que asombran al mundo; y si se coadyuva á su desenvolvimiento, facilitando esa su expansión congénita, viene de suyo el desarrollo suave y gradual de los sucesos, en harmonía con los grandes elementos, que constituyen el bienestar social de un pueblo. Esto sucedió en nuestra patria con el acontecimiento verdaderamente memorable de nuestra independencia: llegó el día en que nuestro pueblo sintió ya el impulso secreto de su propia autonomía, y como el sentimiento guadalupano entrañaba sentimientos patrióticos, toda vez que había experimentado durante tres centurias la influencia benéfica de la Santísima Virgen del Tepeyacatl, estalló como el grito unánime de un pueblo, que, al través de la independencia á la sombra de la Religión, presentía los beneficios de la libertad. Así sucedió, y al grito del gran Padre de la Patria, y á su poderosa empresa sintetizada en su gloriosa bandera guadalupana respondieron de todos los puntos de nuestro suelo, los nobles y valientes mexicanos, en cuyos pechos alentaba una esperanza, y cuyas almas suspiraban por lo grande y lo sublime que constituye la redención social de las naciones. *¡Viva Santa María de Guadalupe!* fué el lema del triunfo y el acento de victoria del creyente pueblo mexicano.

He aquí, señores, la fidelidad á los cultos de la Santísima Virgen de Guadalupe, realizando en nuestra patria los acontecimientos gloriosos de nuestra historia, sólo posibles por la fusión de dos razas descendientes de Cuauhtemoc y Moctezuma, del Cid Campeador y Don Pelayo; fusión que supo coadunar las nobilísimas creencias de la madre España, con el valor y entereza de los mexicanos. Prescindir, por tanto, de la devoción guadalupana, como valioso factor en la consolidación de la paz, es no comprender las leyes de la filosofía de nuestra historia, escritas por el divino Legislador con caracteres imborrables en ese lienzo maravilloso: significación del *Sobrenaturalismo* en México y augusta revelación de nuestros providenciales destinos. Así nos lo enseña el sabio Pontífice León XIII, que con especial cariño trata á nuestra nación y á sus piadosos hijos, y al hablar de nuestro celestial portento, dice: «Conocemos cuán estrechos son los vínculos con que aparecen siempre unidos los principios y progresos de la Fe cristiana, entre los mexicanos, con el culto de esa divina Madre, cuya imagen, una admirable Providencia, como refieren vuestras historias, hizo célebre en su mismo origen..... persuádanse todos y estén íntimamente convencidos, que durará entre vosotros la Fe cristiana en toda su pureza y estabilidad, mientras se mantenga esa piedad, digna en todo de la de vuestros antepasados.» (1) La fidelidad, pues, á los cultos de la Santísima Virgen de Guadalupe, es el poderoso motivo para consolidar la paz, mantener la fe en toda su pureza y ser para nosotros el augurio de grandes prosperidades, aun en el orden puramente material.

***

Las instituciones civiles de los pueblos no son más que la consecuencia precisa de sus aspiraciones, en constante y admirable harmonía con sus tradiciones, sus creencias, sus hechos heróicos y su historia: factores poderosísimos que contribuyen al desarrollo del bien social, que rodean á la autoridad pública de veneración, respeto é indiscutible prestigio; viniendo de aquí los bienes inapreciables de la paz, la moralidad de las costumbres y el verdadero progreso de los individuos y de los pueblos. Por eso dice Montesquieu (Espíritu de las Leyes): «Las costumbres forman las leyes, y el orden público es el resultado de las aspiraciones populares». El Cristianismo, señores, ha comprendido perfectamente estos principios, y por esto se ha impuesto al mundo siempre, por el dominio de la verdad en las inteligencias y el imperio de la virtud en los corazones, acomodándose á las tendencias de las naciones: hé aquí por qué está siempre en harmonía con todas las formas de gobierno y sólo es intolerante cuando se trata de barrenar sus enseñanzas doctrinales, ó de vulnerar los derechos de Dios. Así lo vereis engrandeciendo al poder público con el prestigio del Cielo, infundiendo en los súbditos el respeto más profundo, y enseñándoles que ninguna autoridad existe sino dimanada de lo alto. Y lo mismo unge la cabeza de los reyes con el Oleo Santo, como bendice en nombre del Cielo las asambleas democráticas en donde se ventilan los derechos del pueblo y se elaboran sus leyes. (2) Si examina-

1 To hipahuacanantzin. Así llaman los indios á la Santísima Virgen.
2 Isaías.
3 Cant. Cant.
4 S. Luc. c. 1.º
5. Cavo. Los tres Siglos de México.

1 Carta dirigida al Episcopado mexicano, el 2 de Agosto de 1894.
2 Encíclica de León XIII sobre la Constitución de los Estados.

mos á grandes rasgos la marcha del Cristianismo, observaremos el admirable fenómeno de que siempre que la Religión ha reinado en las costumbres y en las leyes, las naciones han recibido bienes fecundos, emanados de la pureza de la moral evangélica y de su noble misión sobrenatural y divina, para levantar á la humanidad hasta los goces del Cielo. Ni Pedro ni Pablo hubieran encadenado el poderoso imperio de los Césares romanos, si por la fuerza de la convicción religiosa no se hubiesen impuesto á las creencias gastadas y á las instituciones decadentes de aquel coloso. Y el rudo Atila jamás se habría inclinado ante la majestuosa figura de León el Grande, si cual otro Pablo, no hubiese sido herido por los resplandores sobrenaturales del Vicario de Cristo. [1] Vengamos á un acontecimiento, si bien muy trillado, pero de admirables enseñanzas para los pueblos en donde contrasta de un modo avasallador la influencia del Cristianismo en las instiuciones y en las costumbres: hablo de la célebre Revolución Francesa. Cuando aquellos hombres quisieron aplastar la Religión, halagando al pueblo hasta la saciedad de sus pasiones más bastardas, presentando á esa misma Religión divina como el enemigo perpetuo de sus aspiraciones y tendencias, le prometieron *fraternidad, igualdad y libertad:* y ¿qué sucedió? ¡Oh! Lo sabéis perfectamente: la Religión quedó proscrita hasta de la conciencia de los ciudadanos, y ¡hé aquí un pueblo sin Dios, sin templo, sin sacerdote y sin altar! ¡Gritaron *Libertad*, y atestaron las cárceles de muchedumbres inocentes que no pensaban como ellos! ¡Gritaron *Igualdad*, y se enriquecieron con los bienes de sus víctimas, reinando sobre hacinados cadáveres, como en vasto cementerio! ¡Gritaron *Fraternidad*, y se burlaron de las lágrimas del huérfano y ahogaron en tremendas bacanales los gemidos de la viuda! Pasaron esos días de infamia y de imborrable baldón en las páginas de la historia, y volvió el reinado de la Religión, y los pueblos de la antigua Galia, celosos por sus tradiciones y creencias, se agruparon en torno de la Cruz, buscando la paz, la dicha y la prosperidad; y cuando el coloso de la Europa quiso encadenar en Fotainebleau al Pontífice Pío, entonces, en nombre del pasado, y como un ejemplo para la posteridad, el Vicario de Cristo repitió lo que diez y nueve siglos atrás habían enseñado los apóstoles: *Non possumus..oportet primum Deo obedire magis quam hominibus. Imposible....debo obedecer á Dios antes que á los hombres.* (2) Y Napoleón cayó de rodillas ante Pío VI, para ir á llorar más tarde á Santa Elena la amargura de su falta.

México, cristianos, ha dicho un profundo escritor, no puede vivir ni vivirá sin el catolicismo, y con razón, porque desde la conquista hasta hoy, sus tradiciones, su historia y su sér social se han constituido por el catolicismo; él meció su cuna, él formó las costumbres, engrandeció á la patria durante el Gobierno virreinal y en su independencia y en medio de tantas guerras intestinas, y ha conservado en su mayor pureza el espíritu público cristiano. Si el pasado nos enseña que sólo á la sombra de la Religión Católica, los pueblos han encontrado la dicha, la prosperidad y la paz, ¿no nos será permitido augurar también para nuestra patria una dilatada época de progreso y de paz, no como el resultado de un hecho, sino como la sanción de un derecho concreto, basado en las aspiraciones de un pueblo eminentemente católico, que ha vinculado sus futuros destinos en ese admirable prodigio de la Aparición Guadalupana? ¡Ah sí! Por esto os decía al principio, que los bienes de la paz que en este templo soberbio del amor guadalupano, venimos á pedir en este memorable día, sin segundo en nuestra historia, de la Coronación de la Santísima Madre, deben de ser los bienes que resulten de la ambicionada conciliación de nuestras creencias con nuestras instituciones; fundando así entre nosotros una verdadera república cristiana, en donde de la unión absoluta del pueblo mexicano, vendrá el progreso de la Religión, el prestigio de nuestra nación, el respeto y veneración del poder público, el ensanche de nuestra industria, del comercio y de los bienes materiales que forman nuestras legítimas grandezas; y el porvenir, en harmonía con nuestro glorioso pasado, nos proporcionará una era de bienestar, en donde mañana todos seremos hermanos, todos católicos y todos felices. Así debemos esperarlo, fiando nuestra esperanza en el suceso glorioso de la coronación nacional de nuestra Excelsa Reina; así finalmente, nos lo enseña el gran León XIII—cuyo nombre de hoy más inscribiremos con letras de oro los mexicanos agradecidos en los gloriosos fastos de nuestras historias—cuando, dirigiéndose al episcopado y pueblo mexicanos dice: «Crezcan, pues, de día en día, en su devoción, y amen con más ternura á tan Soberana Patrona, y palparán que los dones de el eficacísimo patriotismo, redundarán cada día más copiosamente en beneficio de la salvación y paz de todas las clases de la sociedad.» (1). *Fiat pax in virtute tua et abundantia in turribus tuis.*

Las postrimerías del Siglo XIX vienen señalando en la historia la decadencia del mundo por su alejamiento de la fé, y parece que la sociedad contemporánea, víctima del indiferentismo religioso, vuelve sus miradas á la antigua creencia, reproduciéndose en su seno por medio de la expansión de la caridad, los primitivos ejemplos de aquellos héroes que morían por el amor de Jesucristo, y amaban á sus hermanos por el amor de Jesucristo. El Señor León XIII en su carta admirable al Congreso Eucarístico de Bruselas, dice á este respecto: «Habéis creído que es una reacción la que se opera en el mundo en favor de la fé, pues, notadlo bien, no es una reacción, es un progreso que se impone sobre las ruinas del pasado; y en medio de las moribundas sociedades, es el espíritu de vida de los primeros siglos que señala la verdadera ruta á un mundo extraviado. Pues bien, México participa de este mismo mal; mas se opera en nuestro suelo; no una reacción como se cree, sino un progreso que se impone también sobre el pasado; es la majestad de la verdad religiosa que avasalla las inteligencias y el dominio de la virtud que encadena los corazones, levanta los espíritus y fortalece las almas. México tiene que amoldar sus instituciones y sus leyes á los principios de la religión, que la meció en su cuna, y ser fiel á sus antiguas tradiciones, para afianzar los sólidos principios de la verdadera paz. ¡Animo, cristianos, valor y oración constante, profunda religiosidad en vuestros hogares, resignación á vuestros destinos, una fe grande y robusta, unida á la caridad más ardiente, capaz de transladar las montañas, y el Dios bondadoso, por intercesión de aquella que se quiso constituir nuestra tierna Madre, derramará sobre nosotros sus favores y sus gracias. *Fiat pax in virtute tua et abundantia in turribus tuis.*

La fidelidad, pues, á los cultos de la Santísima Vírgen de Guadalupe, así como la catolicidad de nuestras instituciones, son las firmes bases sobre las cuales se asentará nuestro glorioso porvenir, hoy que la Reina de México es coronada, más que con aurea corona, con el corazón del pueblo que la adora y que ella escogió por suyo. Una fe ciega nos conduce á este grandioso éxito, porque María de Guadualupe nos libertó de la idolatría, nos libertó de la servidumbre y ha querido enlazar siempre los acontecimientos solemnes de nuestra historia con su bendito nombre; porque nos ha enseñado en la larga experiencia de tres siglos y medio que nuestra Nación que, como otros pueblos se ha alejado de Dios, sólo encontrará su salvación, volviendo sus miradas á esa misma divina Madre, signo de nuestra esperanza y enseña admirable de la paz.

Voy á terminar ya, ¡oh Vírgen María!; después de que por mis indignos labios el amor de la Religión y de la Patria han hablado para gloria y alabanza tuyas, no quiero alejarme de esta veneranda Basílica—monumento de la belleza y del arte cristianos, en cuyos mármoles y bronces palpitan la fe, la religión y el amor de un pueblo—sin que juntamente con los materiales preciosos que se han reunido para afiligranar esta obra grandiosa, venga á nombre de ese pueblo á ofrecerte como humilde, pero imponente homenaje de su entusiasmo, su gratitud y sus creencias, aquello que es el asiento de sus sentimientos y aspiraciones más nobles y delicados: el corazón que cree, el corazón que espera y el corazón que ama y al aceptar ¡oh querida Madre nuestra!, estas pobres ofrendas de nuestra ternura filial, ¿te dignarás bendecirnos? Sí, así lo espero porque eres muy buena y siempre has amado con predilicción á tu querido pueblo mexicano.

1 San Pablo, *Rationabile obsequium vestrum.*
2 Actis App.

1 Carta citada.

Bendice, pues, desde ese tu excelso trono, en donde hoy los corazones de tus hijos circundan tu frente, cual espléndida corona, al egregio Pontífice León XIII que ha querido tener la altísima honra de coronarte. Que venga la paz para él y para la Iglesia Santa, cuyos destinos están en sus manos. *Fiat pax in virtute tua.*

Bendice á los ilustres prelados que se han congregado aquí para realizar el apoteosis de las creencias de nuestro suelo, formando en torno tuyo espléndida aureola con su saber, con su virtud y con la majestad de su presencia. *Fiat pax in virtute tua.*

Bendice también á nuestra patria, al clero, á aquellos que nos gobiernan y al pueblo todo, para que se consolide la paz duradera y estable dentro de nuestras fronteras. *Fiat pax in virtute tua*, y derrama inagotables beneficios en el seno de nuestras familias cristianas, para que sólo Tú reines en el corazón de las madres y de los hijos, realizando aquella magnífica epopeya: el amor maternal *et abundantia in turribus tuis.*

Igualmente bendice á la infortunada raza indígena, de la que Juan Diego, tu predilecto hijo, es una de las glorias más puras; resucita entre nosotros el espíritu del V. Zumárraga, de Bartolomé de las Casas, de Pedro de Gante y de tantos otros para llevar á la choza pajiza del indio, juntamente con el bendito pan del trabajo, el pan de la inteligencia que se llama la fe, la ilustración y la cultura social. ¡Que resuenen, ay! como en mejores días las doradas techumbres de este Santuario, con los gemidos y las lágrimas de esa raza desheredada; que resuenen con sus plegarias, mensajeras de sus corazones atribulados, cantadas con las arrebatadoras cadencias de su dulcísima lengua *nahuatl! Fiat abundantia in turribus tui.*

Bendice al V. Prelado, al ilustrado clero y el católico pueblo de Chiapas, que te han consagrado los magníficos cultos de este día. Yo sé que te aman mucho y que en su suelo te han erigido templos y altares. ¡Que vuelvan felices á reposar bajo sus techos, para contar á los suyos, las imborrables impresiones de esta memorable jornada! *Fiat pax in virtute tua et abundantia in turribus tuis.*

Finalmente, ¡oh Reina y madre del pueblo mexicano!, que junto con tu amor se establezca la paz verdadera dentro de nuestras fronteras, en el ámbito de nuestras ciudades, en el seno de nuestros hogares y en el corazón de los mexicanos, para que unidos todos al pie de tus altares, vengamos á entonar los cantos de la paz en el seno de la Iglesia nuestra Madre, á quien los mortales llamamos Jerusalén; para ser después en el Cielo los ciudadanos de aquella divina Ciudad, *Visión de paz*, en donde seremos felices eternamente. Amén.

Laus Deo.

Sermon predicado en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe

en la funcion solemne que celebro la Diocesis de Leon, el 4 de Diciembre de 1895, por el Canonigo Magistral Lic. D. Andres Segura.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Puede imprimirse. Lo decretó y firmó

El Arzobispo.

✠

J. M. y J.

Tu honorificentia populi nostri.
Judith XV. 10.

Tú la honra de nuestro pueblo.

HUBO un tiempo en que los hijos de Israel, sacudiendo las cenizas de sus cabezas, arrancando del altar y de sus cuerpos los cilicios, secando sus lágrimas y ahogando los gemidos y lamentos, se entregaron á los trasportes de santa alegría. «*Cantemos himnos al Señor,*» exclamaban todos, al sonar de los panderos y al clamoreo de los címbalos, himno nuevo cantemos á nuestro Dios. *Adonai, Señor, grande eres tú y muy esclarecido en tu poder y á quien nadie puede vencer; sírvate toda criatura, porque dijiste y fueron hechas, enviaste tu espíritu y fueron creadas, y no hay quien resista tu voz.*

¿Por qué tan repentino entusiasmo después de tantos días de copiosísimo llanto, maceraciones y ayuno? Era que al golpe de una débil mujer se había obtenido esclarecida victoria; era que su nacion se había libertado del orgulloso Holofernes, quien había jurado el exterminio de la casa de Israel. Por esto, trepando por escarpadas montañas y salvando no pequeñas distancias, de todas partes venían hombres, mujeres y niños á la Santa Ciudad de Jerusalén, para purificarse y ofrecer holocaustos, votos y promesas al Dios de los ejércitos. Judith, la valerosa Judith, la heroína de tan singular victoria, era reverenciada por todas partes, aclamada y ensalzada por todo el pueblo; y aun el Sumo Pontífice, uniéndose al regocijo común, la bendecía diciendo: *Tu gloria Jerusalem. Tu lætitia Israel. Tu honorificentia populi nostri.*